

Hernán Lara Zavala, memoria a pesar de las cenizas

Álvaro Ruíz Abreu

REFLEXIÓN DE LA NOVELA dentro de la misma novela, incursión narrativa que combina memoria e historia y pone frente a ella, como en un espejo deformante, la acción de quien la escribe y la impulsa, *Península, Península* de Hernán Lara Zavala es un relato apasionante. El mismo José Turissa, escritor yucateco que vive de un trabajo en el gobierno, se va perfilando como personaje y autor, con sus obsesiones y sus deseos a media asta, su discusión a favor de los indios y sobre todo, la idea que desarrolla gradualmente de lo que debe ser el arte de la novela. De pronto, Turissa es parte de la historia.

Siempre quiere saber el lector, por rutina y exigencia al texto, quién es el protagonista de un relato, y en esta novela de Hernán Lara la respuesta no es fácil o al menos parece esconderla con harta paciencia el narrador. No, no hay un protagonista sino un grupo de personajes que protagonizan la acción principal que recae en la guerra de castas que sacudió a Yucatán a mediados del siglo XIX. Lo que sí hay, y de manera directa, es una voz dialógica sobre la que recae todo el texto: el citado Turissa. Es fácil salvar a este hombre de letras del siglo XIX yucateco de la guerra, de la violencia, rescatándolo para la historia en la que se ve envuelto. Liberal convencido y racional, representa junto a Lorenza, la viuda con la que se casa a pesar de que el marido de ella no ha muerto sino sólo está desaparecido, una pareja de primera mano para los lectores.

Cuando mira a Lorenza, Turissa piensa que en esta guerra ella perdió a su marido como él a su hermano. No obstante, la contempla tan llena de vida, siempre contenta, amable con todo mundo pero sobre todo serena. Su tranquilidad se contagia e impone en su casa una paz casi benéfica.

Y la compara con un cuadro flamenco; es rubia, alta y delgada, de ojos azules. La descubre en mitad de la guerra que devasta a Yucatán y ha sembrado el miedo y la desolación.

Del dolor que a todos toca, y en especial a Turissa y a Lorenza, nace algo distinto, ennoblece y siembra belleza, como la que descubre en esta mujer declarada viuda oficialmente.

Parece evidente que la *novela histórica* es actualmente un parteaguas, una apuesta que todo escritor quiere hacer con su oficio y con sus lectores, con sus motivos y su propia vocación que desea proyectar en un país aficionado a perder la memoria cada lustro. Casi todos los narradores están convencidos de las bondades del género y lo han ido explorando en distintas formas y diversos siglos, enfocados a personajes del XIX y del XX, pero igualmente de otras épocas. Son muchos los que han escrito bajo esta premisa, por lo que sólo cito algunos de los más recientes: Rosa Beltrán, *La corte de los ilusos*, 1996; Enrique Serna, *Ángeles del abismo*; Ignacio Solares, *Columbus*; Cristina Rivera Garza, *Nadie me verá llorar*; José Soler Frost, *1767. La expulsión de los jesuitas*; Jordi Soler, *Los rojos de ultramar*, y ahora Hernán Lara Zavala. ¿Por qué la propensión a la novela histórica? ¿Qué significa que tantas plumas destacadas quieran revivir a través del relato un episodio de la historia de México? Entre otras cosas, que la historia nacional es un fantasma que ronda la imaginación y ocupa un lugar relevante el corredor de las letras.

La novela de Hernán Lara debe inscribirse en ese vasto horizonte narrativo de las letras mexicanas que tanto éxito ha alcanzado en los últimos años, y que refresca y vitaliza el género. Debe ser considerada como un gran mural que se incorpora a la galería existente, pero es innegable que adquiere fuerza y autonomía que le concede el estilo y la vocación propia de un escritor seguro de sí mismo que llega a perfeccionar su oficio en la madurez con disciplina y rigor, las armas con las que es posible construir una escritura.

Libro de aventuras y de amores encontrados, de injusticia y de leyes sin nombre, *Península, Península* es una inmersión a fondo en la psicología, las costumbres, la vida

social y política, el problema de la desigualdad social en una sociedad definida por la desigualdad y la injusticia. En suma, es un texto original, de ascenso dramático. Transcurre durante una guerra que protagoniza el indio luego de haber sido escarmentado una y otra vez hasta que su paciencia se transforma en rebeldía, en brazos que levantan el machete para amputar brazos, cabezas, piernas, su pobreza pasa a convertirse en grito de la sangre que pide justicia pero cuando ya es tarde para concederla. Entonces nadie puede doblegar aquella furia desatada. La Península parece inundada ya no de viento y agua sino de odio y venganza. El objetivo del indio es el blanco, el que le ha amputado su ascenso a la vida, a la historia.

Una particularidad de esta novela es la intromisión del novelista como personaje; recurso usado a menudo, ahora es manejado desde un punto de vista nuevo pues él mismo se define, describe las condiciones en que debe llevar a cabo su oficio, aparece como un cometa y deja su huella imborrable. “Escribo en diferentes lugares, en diferentes momentos, con diferentes medios”, y enseguida aclara que debe evocar, imaginar y “recordar que el interés de esta historia exige que el novelista alcance a Genaro Montore, a quien habíamos dejado en Valladolid”.

Hernán Lara ha sabido plasmar en su relato una gama intensa de colores que lo forman y lo proyectan. Uno de ellos es por supuesto la narración de la guerra de castas, un conflicto racial y político sin nombre, que costó la vida de varios miles de yucatecos de ambos bandos, tropas del gobierno e indígenas, en el que es evidente el viejo dilema de México: privilegios contra miseria. Otro, menos visible pero igual de intenso que el anterior, es que los personajes son libres, son voces que transitan por el mundo, hablando a mares, estructurantes de la historia, que el autor maneja con cuidado y un enorme sentido de las proporciones. La señorita Bell, la institutriz que llega a la Península justo cuando estalla el conflicto que la va despojando de su agricultura, su vida pacífica y sus ilusiones y sumerge aquella tierra en un río de sangre y de venganzas. En 1847, llega la joven, y al año de permanecer en la casa de una familia de hacendados, hace un recuento de su experiencia, desesperado y al mismo tiempo justo. “Las costumbres de este país me resultan totalmente ajenas”. Sueña con Inglaterra, el país que ha dejado por venir a México; extraña el sonido de los árboles, la primavera, el verano, desea volver a mirar los robles, los fresnos, las hayas y los olmos. Y echa de menos los campos verdes. Desde acá empieza a vislumbrar un paraíso casi inalcanzable. Despierta y la realidad la impresiona, la atrapa como en una celda; está sofocada por el bochorno, “perdida en el centro de una Península donde no alcanzo a ver el mar”.

La guerra la resume bien el punto de vista de la señorita Bell, cuando dice que

[...] alcanzo a percibir que hay algo raro en estas tierras tan ricas en historia y tan pobres en su justicia, sobre todo ahora que la guerra se ha extendido por toda la Península. ¿Se trata de una guerra civil, entre hermanos, o de una sublevación indígena, como dicen ellos? Me parece que ni una ni otra.

Visión ingenua o atinada, es interesante por lo que revela. La conocida “guerra de castas” en Yucatán, entre 1846 y 1849, fue un ejemplo de la revancha indígena contra los “blancos” o la clase dominante, el terrateniente, el clero y la clase política. Una Trinidad con sentido religioso que durante décadas explotó o sometió a los de “abajo” a toda clase de humillaciones: económicas, sociales y morales. Esa misma guerra la vive el doctor Fitzpatrick, un extraño trotamundos irlandés, junto a su perro Pompeyo. Cada uno es un símbolo, el amo de su rechazo a la vida en un mundo lleno de odio y de injusticia, al que define la violencia; es un faro que alumbraba la oscuridad. Símbolo de solidaridad, el perro es algo más que un fiel servidor de su amo, obediente y siempre dispuesto a servirle; es más que nada el único elemento humano en mitad de una sociedad, la yucateca, que había perdido toda proporción, sumergida en la barbarie, la venganza, el odio. Por eso tal vez, Hernán Lara decidió fundir a uno con el otro en ese momento trágico, instintivo, en que terminan sobre el río Hondo.

¿Cuál es la novela que hemos leído? La tercera que escribió José Turissa, escritor y juez de Campeche, que tuvo en sus manos hacia 1857, y que le puso la palabra fin, se quemó cuando las ordas liberales entraron a su propia casa, subieron a su despacho y arrojaron al fuego sus papeles, documentos y la novela misma. ¿Entonces? “Al ver en llamas sus papeles, Turissa supo que jamás recuperaría esa obra. Ya no tendría el coraje de reescribir su novela, que sólo sobreviviría en su memoria e imaginación”. Lo que incendian las revoluciones es el legado escrito de un pueblo, su memoria, la única que puede dar fe del paso del hombre por el mundo, la que siembra la semilla de la reconstrucción a pesar de las cenizas. Todo comienzo de la historia se hace sobre los escombros del pasado. Y esto ha urdido el novelista que es Lara Zavala con imaginación y talento. •

Hernán Lara Zavala, *Península, Península*, México, Alfaguara, 2008, 368 pp.

ÁLVARO RUIZ ABREU. Profesor-investigador titular del Departamento de Educación y Comunicación en la Unidad Xochimilco de la UAM. Contacto: rabreu15@hotmail.com